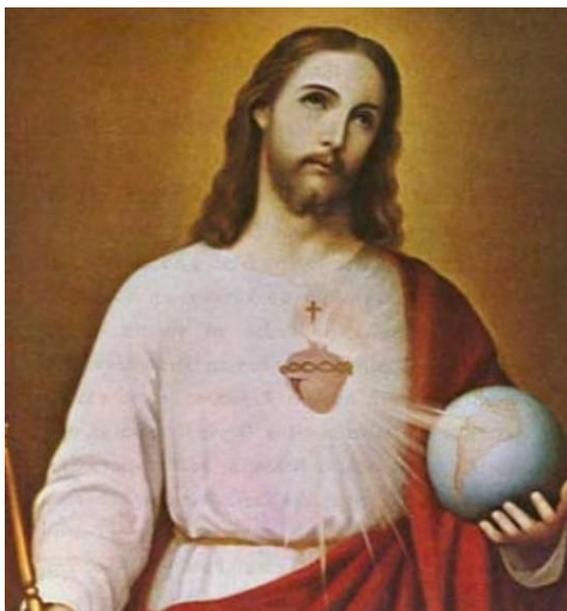


Las Promesas del Sagrado Corazón de Jesús

R.P. Luiz C. Camargo



Para mover voluntades tan atrofiadas, para calentar corazones tan helados, el divino Maestro unió a la manifestación de su insondable Amor, promesas sorprendentes.

No se sabe quien hizo la recopilación de las famosas 12 promesas del Sagrado Corazón.

Pero este atento devoto procuró cuidadosamente en todas las palabras de Nuestro Señor a Santa Margarita María las promesas que hizo asociadas a la devoción que enseñaba y las presentó en una única lista.

1ª Promesa: **“Yo daré a los devotos de mi Corazón todas las gracias necesarias a su estado”.**

Es curioso como una promesa tan grande como esta es leída y vista con tanto desinterés por parte de los católicos. Veamos bien que es lo que Nuestro Señor promete. En este mundo que está sometido a la Revolución, en este mundo apóstata, cumplir con su *deber de estado* es, en la mayoría de las veces, una situación dramática que exige una virtud heroica.

¿Qué padre de familia no se ha visto atormentado delante de las infinitas influencias que empujan sus hijos en la dirección contraria de lo que él enseña? ¿Qué profesor católico no se ha sentido perseguido por enseñar a sus alumnos las verdades más simples y evidentes? ¿Qué médico católico no tuvo miedo de ser echado del hospital en que trabaja por no querer ofrecer los medios deshonestos de contracepción? ¿Qué abogado católico no se ha visto empujado a mentir y aceptar procedimientos deshonorosos en su trabajo cotidiano?

Y lo que más asusta es que vemos como todos estos procedimientos inadmisibles para un católico e van haciendo ley común en nuestro mundo contemporáneo. Tenemos la impresión de que las garras de la revolución se van apretando y cerrando toda vía de escape. La desobediencia a la ley de Dios se hace la ley de los hombres.

Ahora bien, es delante de este mundo amenazador que Nuestro Señor ofrece su ayuda al católico indefenso. Promete a aquel que se haga devoto de su Corazón todas las gracias necesarias, su ayuda, su intervención en cada una de estas situaciones tan apremiantes. Promete abrirnos una puerta cuando el mundo nos haya cerrado todas. Promete conducirnos, Él mismo, como experimentado Capitán, cuando el barco de nuestra vida enfrente los modernos arrecifes en medio de las tempestades.

2ª Promesa: **“Yo estableceré y conservaré la paz en sus familias”**

Hay, de hecho, en esta pequeña frase dos promesas. La primera es la del establecimiento de la paz en las familias y la segunda la de su conservación. *Paz* significa *tranquilidad en el orden*. Por lo tanto *establecer la paz* significa fundar la vida de aquella familia que se hizo devota del Sagrado Corazón en el

orden de la verdad. Y este establecimiento, para que sea pacífico, exige que sea también tranquilo, que ese orden establecido sea constante y estable. ¿Qué familia no tiene un hijo, un padre, un hermano que no esté lejos de Dios y de su Ley? ¿Qué familia no ve su vida interna católica constantemente amenazada? Pues, Nuestro Señor promete *establecer* la paz y *conservarla*, aún delante de los más feroces ataques. ¡Nuestro Señor se ofrece como el fundador y conservador de nuestras familias!

3ª Promesa: “**Consolaré a mi devoto en todas sus aflicciones**”

Consideremos bien estas palabras. No dice el divino Maestro que sus devotos no tendrán aflicciones. ¡No! Estamos en tiempo de apostasía, en tiempo de guerra. El mundo está en fuego, la Santa Iglesia es perseguida y humillada y nosotros, devotos del Sagrado Corazón ¿queremos tener una vida cómoda? ¡No! Es necesario que tomemos parte en los dolores de la Santa Iglesia, es preciso que subamos con Nuestro Señor el Calvario. Pero – y aquí entra la admirable promesa – el Salvador promete que estará a nuestro lado y cada pequeña injuria, dolor o sufrimiento que tengamos ¡Él mismo vendrá a consolarnos! Vendrá a mostrarnos como superar nuestros males, como sacar de ellos un bien más grande, como los bienes de este mundo pasan, como tendremos una felicidad eterna. Nos consolará mejor de lo que un padre amante lo haría por su hijo único afligido. Él dirá en nuestro interior dulcísimas palabras que iluminen nuestra inteligencia inquieta y sostengan nuestro corazón cansado.

¡Es tan grande el bien de este consuelo que casi deseamos las aflicciones que nos obtienen la promesa del Divino Consolador!

4ª Promesa: “**Les seré un refugio seguro en la vida y principalmente en la hora de la muerte**”

¡Refugio! Es un lugar protegido en donde el peligro que amenaza no puede alcanzarnos, en donde los males que nos persiguen encuentran un escudo que los impide llegar hasta nosotros. Es un lugar que está siempre a nuestra espera, hacia donde podemos huir en medio a las tormentas.



El demonio, cuando decide perder un alma, se prepara largamente, estudia todos sus pasos, descubre todas sus brechas, conoce todas las fisuras en su voluntad y en sus afectos, considera todos los errores que hay en sus ideas. El tentador va, entonces, conduciendo su perseguido hacia la

trampa que le hará caer irreparablemente. Muchas veces el demonio acepta, en este funesto proceso, perder un poco para ganar mucho. Cuando vemos una inteligencia angélica tan aguda dedicada enteramente a nuestra ruina ¿Cuál no es nuestro susto? Nos sentimos como presas fáciles delante de un predador voraz. Nos sentimos profundamente desamparados.

Nuestro Señor promete al devoto de su Corazón ser su refugio. Ni toda la sutileza, ni toda la fuerza y vehemencia, ni toda la astucia de todo el infierno reunido podrá algo en contra nuestro si Nuestro Señor ofrece su Corazón como refugio. Cuando el demonio, la carne y el mundo juren perderlo en la hora de su

muerte ¡el verdadero devoto del Corazón de Jesús verá este refugio que se abre consoladoramente para él!

5ª Promesa: **“Lanzaré bendiciones abundantes sobre todos sus trabajos y emprendimientos”**.

¡Como es difícil todo hoy para un católico! El mundo moderno, fruto de la revolución, dispuso todos los elementos de la vida cotidiana de modo contrario no solamente a la ley de Dios y de la Iglesia, sino también en contra de la propia naturaleza humana. Las instituciones, las costumbres, el trabajo, las familias, las diversiones, los estudios, todo está organizado en la dirección contraria a la que un católico debería ir. Nuestras empresas las más simples, las aspiraciones más legítimas se ven contrariadas constantemente. El católico parece estar delante de un frustrante dilema: o luchar en vano, o dejarse llevar por la corriente.

Nuestro Señor promete acá a su devoto que Él mismo conducirá sus empresas, proyectos. Las obras realizadas de este modo tendrán el sello del Corazón de Nuestro Señor, e más que una simple ayuda en su realización material, ellas tendrán una luz de vida eterna. Serán bendecidas en orden a nuestra salvación.

6ª Promesa: **“Los pecadores encontrarán en mi Corazón fuente inagotable de misericordias”**

Cuantas veces los sacerdotes encuentran en su vida de apostolado personas de gran valor, que quisieran salir de este o aquel vicio o pecado y, personas que admiran la vida católica y quisieran llevar una vida de piedad y, sin embargo, terminan sus esfuerzos por el dolorosa constatación: “¡No logro!” Quisieran salir del estado de pecado en que viven, pero son tantos los lazos, vínculos que los atan a esta

situación que concluyen sus deseos con el grito: “¡Yo quisiera, pero no tengo valor!”

Nuestro Señor promete al pecador que abraza la devoción a su Sagrado Corazón, que Él mismo bajará al pozo de sus miserias y debilidades. Promete conducirlo por la mano entre sus cadenas y ataduras hasta traerles de vuelta a la vida de la gracia. Nuestro Señor promete tenerle paciencia. Él mismo abrirá las puertas, Él mismo allanará el camino espinoso y deshará los obstáculos que se oponen a su conversión.

7^a Promesa: **“Las almas tibias se tornarán fervorosas por la práctica de esta devoción”**

Con que facilidad los padres, pastores de almas, caen en la idea de que es algo normal que la mayoría de sus parroquianos sea mediocre. – *¡No se puede esperar que toda la parroquia sea fervorosa! ¡No se puede pretender que la gran mayoría de los fieles sea piadosa y bien formada! Debemos darnos por contentos con tener algunas almas que estén un poco por encima del promedio.*

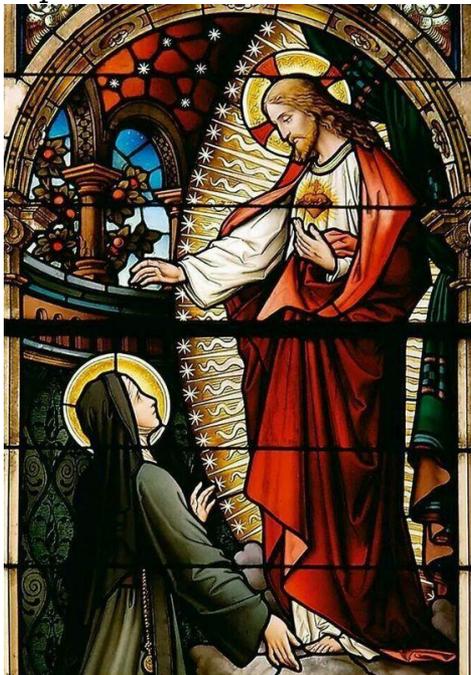
Si bien el fundamento de este pensamiento sea una desconfianza en el valor de la gracia de Dios, y de cierto modo se acerca de una blasfemia, la experiencia muestra que no es menor la dificultad de un pecador para salir de su estado habitual de pecado, que la de un católico mediocre acercarse a una vida fervorosa. ¡Algunas veces este último es más difícil de *convertir* que un pecador público! San Pío X decía que tenía más miedo de la tibieza de los buenos que de la perversidad de los malos.

Pues, Nuestro Señor promete a estas almas envejecidas, a estas almas que ya no se admiran de lo sagrado, que no se sienten atraídas por el Cielo, que ya no temen su condenación, les promete una renovación. Promete que del tronco viejo y reseco de su catolicismo saldrá un brote vigoroso que dará flores

y frutos sorprendentes. Estas almas que tantas veces escucharon la predicación de la Verdad y que la cubrieron con el polvo de su banalidad, encontrarán en la devoción al Sagrado Corazón una renovada juventud.

8ª Promesa: **“Las almas fervorosas subirán en poco tiempo a una alta perfección”.**

Los doctores místicos enseñan que llegada a cierta altura de la vida espiritual los caminos empiezan a hacerse difíciles y sutiles. Todos ellos hablan de que es tal la complejidad de estas regiones espirituales que las almas que atraviesan el escollo de lo que ellos llaman *la tercera conversión* y entran en la región que Santa Teresa llamó de *Cuarta Morada*, necesitan imperiosamente la ayuda de un director espiritual que los guíe y conduzca. Santa Teresa explica como en este momento la falta de ayuda de un



confesor bien instruido es comúnmente causa de un acobardamiento por parte del alma generosa. O bien regresan a la vida de piedad común o se quedan estancadas en este desamparo.

Nuestro Señor promete al generoso devoto de su Corazón que Él mismo será su *“Confesor instruido”* o su *“Director espiritual”*. Él mismo será el Guía experimentado en estos caminos difíciles.

9ª Promesa: **“Mi bendición permanecerá sobre las casas en que se hallare expuesta y venerada la imagen de mi Sagrado Corazón”**

La bendición y protección de Nuestro Señor y su acción misericordiosa no serán algo pasajero, no será una gracia recibida en una ocasión especial y memorable, sino que será una fuente constante y siempre viva. Nuestro Señor promete estar presente Él mismo como un fuego que mantenga la vida verdadera de la familia que se hiciere devota de su Corazón.

En esta promesa vemos una delicadeza de Nuestro Señor para con nosotros. La devoción consiste esencialmente en una disposición interior, consiste en la prontitud de nuestra voluntad en el servicio de Dios. Pero la disposición interior necesita una práctica exterior tanto para expresarse como para apoyarse. Es algo bastante difícil encontrar una práctica exterior que no termine por ahogar y remplazar la devoción interior. Nuestro Señor acá nos enseña Él mismo una práctica que pueda recoger y manifestar la devoción a su Corazón amante. Propone que la familia erija en el centro de la casa una imagen en donde Él aparezca con su Corazón visible, y que delante de esta imagen la familia venga a realizar sus prácticas de piedad. Esta imagen debe ser el centro de la familia. Esta imagen debe ser *expuesta* y debe ser *honrada*.

Nuestro Señor no dejará de escuchar allí al padre de familia que viene a rezar delante de su imagen pidiendo ayuda en las aflicciones para mantener su casa; atenderá prontamente a la madre que reza por el hijo que da pasos peligrosos en su vida incipiente; en fin Nuestro Señor promete que Él se hará el Jefe de aquella familia y la cuidará como suya.

10ª Promesa: **“Daré a los sacerdotes que practiquen especialmente esta devoción el poder de tocar a los corazones más endurecidos”**

¡Sacerdotes conforme al Corazón de Jesús! Nuestro Señor les promete que tendrán el poder de traer las almas para Dios. En tiempos de cristiandad siempre hubo sacerdotes generosos que aceptando el sacrificio de sus vidas eran enviados a tierra de infieles y paganos. Allí debían trabajar, luchar y predicar sin fruto – al menos aparente. Y era necesario varias generaciones de misioneros para que los primeros frutos comenzaran a aparecer. Que cosa terrible para un sacerdote verse revestido del poder de Nuestro Señor, ver capaz de curar y salvar a las almas que se condenan y sin embargo ¡ver que ellas resisten a su llamamiento! Como un médico que tiene en la mano el remedio más precioso y eficaz y ve al enfermo morir por no querer tomar el remedio que le ofrece. Nuestro Señor ofrece acá a estos sacerdotes que abracen la devoción a su Corazón e hagan de esta devoción el principio de su acción sacerdotal, que Él mismo vencerá la obstinación de estas almas enfermas.

En otros tiempos esta promesa sería admirable, pero hoy ella es más que un tesoro raro, pues si antiguamente eran los paganos e infieles los que tenía el corazón inaccesible a la predicación de la Verdad, hoy el mundo entero se hizo *tierra de misión*, nuestros países que eran católicos hoy viven en el más desafortunado indiferentismo. Y no hay nada que los mueva de su inacción. La más sabia predicación, los más conmovedores ejemplos no causa ni siquiera el mínimo interés.

Pues, Nuestro Señor promete que en estos tiempos de ineficacia, Él dará poder a los pobre padres perdidos en este desierto de infidelidad de ¡convertir a *los corazones más endurecidos!*

Una última palabra sobre esta promesa. Si bien ella se refiere a los sacerdotes, podemos pensar que el

mismo hecho de tener *sacerdotes conforme el Corazón de Jesús* es un don del divino Salvador. Un Priorato que tenga bien establecida la devoción al Sagrado Corazón no dejará de tener muchas y sólidas vocaciones sacerdotales.

11^a Promesa: **“Las personas que propaguen esta devoción tendrán sus nombres inscritos para siempre en mi Corazón”.**

En el día de nuestra confirmación recibimos el título de *Soldados de Cristo*. Este título nos deja – a nosotros, hombres modernos – indiferentes. ¿Soldado? ¿Qué quiere decir esta palabra que desde entonces pasó a ser nuestra obligación delante de Dios? Un rey, un duque o un conde, en otros tiempos era también el jefe de sus ejércitos y gobernaba su reino por medio de sus hombres. Ser soldado era, entonces, ser un brazo del rey, era participar en el gobierno de las posesiones de su señor. Nosotros, cuando fuimos armados caballeros, cuando recibimos nuestro título de nobleza de *Soldados de Cristo* por las manos del obispo, recibimos sobre nuestros hombros la obligación de velar por la honra de la Santa Iglesia, por la difusión de la Verdad, por la expansión del Reino de nuestro divino Señor.

Podemos decir que al abrazar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuimos recibidos en la intimidad de su amistad. Lo que es todavía más que ser *soldados suyos*. Ahora bien, tal título exige que dispongamos de nuestros bienes, de nuestras fuerzas, de nuestras actividades en la difusión y expansión de esta misma devoción. Sería una ingratitud sin nombre de nuestra parte si no lo hiciéramos. ¡Que nuestro Rey sea conocido, amado y obedecido! ¿Cuál no será nuestra gloria si habremos contribuido en algo para que el Reino del Sagrado Corazón haya conquistado nuevas almas?

Pero lo que no es más que una obligación, es visto y recompensado por Nuestro Señor como si fuera una obra de gran valor y promete a los que así se dediquen a la expansión de su devoción, que *“tendrán sus nombres escritos en su Corazón”*. Veamos bien que nos dice acá el Salvador: Él, tomando la iniciativa nos ofreció su amistad e intimidad, Él, el Criador del cielo y de la tierra a quien debemos sumisión. Y he aquí que cuando nosotros respondemos a esta inmerecida invitación y orgullosos del honor con que somos tratados publicamos a nuestros conciudadanos en este valle de lágrimas como es bueno so Corazón generoso, entonces – oh incomprensible grandeza – Nuestro divino Rey se siente obligado para con nosotros y nos promete una amistad aún más grande ¡colocándonos en los lugares de honor en su amor!

12ª Promesa: **“Yo te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que concederé a todos los que comulguen en los primeros viernes de nueve meses consecutivos, daré la gracia de la perseverancia final y de la salvación eterna. Ellos no morirán en mi desgracia, ni sin recibir los Sacramentos; y en ese trance extremo recibirán asilo seguro en mi Corazón”**.

Este es la conocida como *La Gran Promesa*. “Fue en un viernes del mes de mayo de 1686 – escribe Santa Margarita María – que durante la Santa Comunión, mi divino Maestro me dijo estas palabras”. Nosotros vivimos tiempos tan confusos y difíciles. La revolución llegó tan lejos que todo parece estar bajo su dominio. Las almas que desean permanecer fieles son arrastradas por los vientos más violentos. Y esta gravísima situación llegó a su paroxismo cuando invadió la misma Iglesia e hizo prisioneros las mismas autoridades. El alma fiel parece abandonada por todos lados, perseguida y desamparada.

Pues, en medio de esta tempestad sin igual, Nuestro Señor ofrece un Puerto Seguro a los que quieran responder a su llamamiento. Como en la pequeña barca del Evangelio. Y es importante notar como esta devoción aparece en sus palabras asociada al momento de crisis que vivimos: *“La devoción a mi divino Corazón es **el último esfuerzo de mi amor a los cristianos de estos últimos siglos.** Esta devoción realmente entendida facilitará la salvación de todos, moviéndolos a amarse mutuamente entre si, como Yo los he amado. Quiero reinar por mi divino Corazón sobre la pobre humanidad de estos tiempos. ¡Y reinaré! Aun a pesar de la oposición de satanás y de todos los que él instiga en contra de Mí”.*

